

de aquel pueblo de la cabecera de Compilco, él se fué adelante á visitar unos pueblos sujetos á Compilco, que Hernando Cortés le avia dado encomienda, é para que le sirviessen al Godoy é á un compañero suyo, llamado Pedro de Castelar; é que los hallaron despoblados, y en los otros dos pueblos que tambien tenian en su encomienda hallaron en cada uno hasta treynta hombres, é les dieron hasta cient mill almendras é hasta quarenta pessos de oro baxo, é les dixeron que toda la gente era muerta. É no diçe otra cosa que sea digna de la historia, sino relata passiones de entre sus veñinos é queexas á Hernando Cortés sobre los repartimientos.

Quechula é Anaclaxipila son cabeceras é jurisdicçiones; é tienen otros pueblos á

sí sujetos, assi como Quichula é otros. Catadesiguata, Xavion, Anaçandan, Caltiva, Ultatepeque, Tilçecoapa é otros muchos nombra: los quales todos servian en aquella saçon con darles de comer é oro é de aquellas almendras del cacao que se dixo de susso, las quales entre aquellas gentes corren por moneda é sirven de moneda, é por ellas se compran todas las cosas en aquella tierra, de los árboles de las quales é dessa mesma fructa é de sus effetos largamente se tractó en el libro VIII de la primera parte, capítulo XXX, donde el letor lo hallará. É con tanto se ha dado fin á las relaciones, quel gobernador Hernando Cortés envió á César en diverssos tiempos. Passemos adelante con nuestra historia de la Nueva España.

CAPITULO XLV.

En el qual se tracta otra informaçion que de algunos cavalleros é milites que se hallaron en la conquista de la Nueva España se ha sabido por la diligencia del chronista, en que muchas cosas hay conformes con lo que queda dicho; é tambien se dirán otras particularidades que no son de preterir ni se dexar de memorarlas, porque todas ellas son muy dignas de la presente historia, é suyas.

Desseo mucho que esta historia, demás de ser verdadera, sea assimesmo recolegida y entendida su traça é orden subçessivamente: tambien desseo que sea aplaçible é grata á los que la vieren, é sobre todo que resulten della infinitos lóores á Dios, que tantas novedades nos enseña é descubre en nuestros tiempos; é para esta continuacion que desseo dar á entender, digo que quando aquel tiro de plata ó de metal rico llegó á España con el presente de Hernando Cortés, el año de mill é quinientos é veynte y cinco, yo ví en aquella corte de Su Magestad tanta murmuracion contra Cortés, que andaba ya público que su officio de gobernador se avia de proveer, é quel almirante don Diego Colom avia de yr á la Nueva España á le descomponer. É cómo llegaron el pres-

sente é dineros que envió é las relaciones preçedentes del estado de la tierra, aunque no faltaban Pamphilo de Narvaez por su parte é otros émulos de Cortés, que contra él hablassen, dióse por medio que fuesse enviado por juez de residencia á la Nueva España el licenciado Luis Ponce, que á la saçon era teniente en la cibdad de Toledo por don Martin Alonso de Montemayor, señor de Alcaudete: el qual licenciado Luis Ponce era persona de letras é prudente, aunque mançebo, é de quien Su Magestad é su real Consejo tenían buen concepto. Y en lo de remudar á Cortés, sin le oyr é tomar residencia, fuéle buen tercero el duque de Béjar don Álvaro de Zúñiga, porque se tractaba casamiento de su sobrina doña Johana de Arellano, hermana del conde de Aguilar,

con Hernando Cortés, que estaba viudo; y el duque le abonó é fió, é aplacó al Emperador, nuestro señor, é le dixo muchas cosas en favor de Cortés para que Su Magestad le oyesse, como despues le oyó, é aun le engrandesció, como se dirá adelante en la prosecucion de la historia.

Assi que, volviendo á nuestro proposito, no olvidando lo que está dicho de aquel Olintecle, de quien se hiço memoria en el capítulo I, al tiempo que estaba departiendo, como allí se dixo, con Hernando Cortés, é dándole á entender la grandeça y estado de Montecuma, llegaron ciertos mensajeros del grand señor, en que le mandaba que hiçiesse mucha cortesia á los chripstianos é se les diesse muy complidamente lo que oviessen menester, é los llevasse el Olintecle á Temistitan en hamacas. É luego este caudillo ó principal señor dió orden cómo los chripstianos fuessen muy festejados é proveydos de comida, é púsose en obra el camino. É porque á mejor evento fuessen encaminadas las cosas de Montecuma, é por no faltar á sus ritos diabólicos, hiço luego este Olintecle sacrificar çinquenta indios é indias en aquellas mezquitas ú oratorios, en aquellos tienen sus ydolos, porque en aquello pensaba que servia á su señor é cumplia con una forma de religiosidad, é perderia el enojo que tuviesse, si no avia llevado antes los chripstianos á la cibdad de Temistitan. Diçe esta relacion que los chripstianos é su capitan siguieron su camino con muchos indios que los servian, é á algunos llevaban á cuestras en hamacas, é guiaron para la cibdad de Tascaltecal, ó á los de Tascaltecle*, que está veynte leguas antes de México, donde envió mensajeros Cortés á requerir á

los indios de allí, que diessen la obidiencia á Su Magestad. É respondieron quatro señores los más principales de Tascaltecle que qué gente era aquella de los chripstianos que los yban amenazando sin los conosçer, é que mañana vernian ellos á ver esos chripstianos é les responderian como verian. É assi fué, que luego otro dia siguiente paresçieron tantos dellos que cubrian los campos, ordenadas sus esquadras, é con voçinas é atambores é penachos, é como gente de guerra muy luçida en su manera, é deçian entre sí: «Qué gente loca é tan poca es aquesta que nos viene á amenazar é que usa de tanto atrevimiento, que sin nuestra licencia entra en nuestra tierra? Pero non obstante su error, démosles de comer primero que los matemos, porque no se pueda deçir que los matamos hambrientos é cansados.» É assi lo hiçieron, que luego enviaron al real de los chripstianos tresçientas gallinas ó pávas, que lo son más çierto é muy buenas, é septeçientas cargas de bollos de mahiz (entiéndese, carga de un indio, que son dos çestas, que por lo menos cada carga cabria más de una arroba) que fué grand refresco é socorro para los españoles, lo qual repartido entre sí (aunque con temor de ver tanta moltitud de gente aperçebida) comian é atendian, comiendo. É los indios se açercaron con sus esquadrones muy bien ordenados á una barranca grande que estaba entre ambos reales; é viendo cómo los chripstianos no se movian, deçian los contrarios: «Vamos ya que avrán comido, é atarlos hemos, é pagarnos han las gallinas é tortas é bollos que los enviamos, é sabremos quién los mandó entrar en nuestra tierra.» É luego los quatro capitanes, debaxo de quien yba aquel exér-

* Como advertirán los lectores, habia dado Oviedo constantemente el nombre de *Tascaltecla* á esta poblacion: sin duda ateniéndose á la relacion que aqui sigue y extracta, y hallándole escrito en

la forma que va en el texto, hubo de admitir esta variante; cosa por otra parte muy frecuente en la *Historia de Indias*, segun queda ya advertido.

quito, mandaron á doscientos hombres principales que fuessen en la delantera, é que si los chripstianos tomassen armas é se defendiessen, los matassen á todos, é si no que los llevassen atados, sin les hacer mal; é passaron la barranca diciendo: «Qué honra podemos ganar con tan civil gente, que tan queda se está?» Pero viendo su intento é ferocidad é soberbia que llevaban, salieron los chripstianos de caballo en tropel, é rompieron á los contrarios é alañearon muchos: é los peones españoles trás los de caballo mataban quantos se les paraban delante. De forma que los pusieron en huyda, é los pocos que açertaban el passo de la barranca, escapaban; pero la mayor parte de los que avian passado, se quedaron muertos. En el qual tiempo toda la moltitud, para socorrer á los primeros, venian hácia la barranca, dando tales gritos que parecia que se abria el cielo; pero viendo quán presto estaban degollados los primeros, pararon, é acordaron que por aquel dia no se hiciesse más batalla hasta la siguiente jornada. É cómo los nuestros vieron retraer los contrarios, holgaron dello, é los unos é los otros se recogieron á sus reales é hicieron buena guarda essa noche. Assi cómo otro dia amanesció, luego los enemigos enviaron de comer á los chripstianos, como lo avian fecho el dia antes, é despues vinieron á pelear con ellos, é turó la batalla seys horas continuas, en que siempre los españoles quedaron con victoria é á ventaja. É passadas las seys horas, pararon é se quitaron afuera los contrarios. De la manera que está dicho se hizo el terçero dia y el quarto é quinto é todos los demás hasta ser cumplidos quinze dias continuos; cosa que nunca en aquellas partes ni otras semejante cosa ó combates assi sangrientos se usó ni vido ni he oydo que esté es-

* En la narracion comprendida en los primeros capitulos del presente libro escribe indistintamente

cripto, por manera que el comer lo llevaban seguro é abastadamente é con mucha alegría, é despues en lugar de fructa postrera, como lobos ó fieros leones procedian en las batallas, aunque siempre los indios llevaban lo peor. En fin de los quinze dias dixeron que querian ser amigos de los españoles, é se assentó la paz é la guardaron muy bien.

Movido de allí el real se assentó en la cibdad grande de Tascaltecle; pero haciendo buena vela, sospechando que la paz era fingida, é no fué sino fixa é turable. É por quitar á los españoles de sospechas, é como les yban ya entendiendo la condiçion, por conservar la paz, les dieron muchas de sus hijas, é porque los querian por amigos, querian que oviessen debdo é casta de tan valientes hombres en su tierra; porque demás desso estos indios de Tascaltecle é otros de Guaxóçingo tenian grand guerra con Montecuma é con otro pueblo que se diçe Chelula.* É aquestas son provincias grandes, é á quatro ó çinco leguas una de otra, y en cada una dellas avia çient mill hombres de guerra é más: é no las podia subjuzgar Montecuma, porque cómo yba contra una provincia, acudian los confederados de las otras que dicho en su socorro é favor, al modo de Italia. Allí les yban á los chripstianos mensajeros de Montecuma, para que se fuessen á él, ofresciéndoles todo lo quellos quiesssen; pero como ellos se avian informado de sus cautelas, no se determinaban assi presto, é como decian que se querian yr, pessábales en el ánima á los de Tascaltecle, é desenjaban á los chripstianos, é aconsejaban é rogábanles que por ninguna manera se fuessen ni creyessen á Montecuma, porque assi á los españoles como á las hijas que les avian dado matarian, diciéndoles que era un mentiroso é traydor Montecu-

Culua y Colua.

ma; pero en fin, Hernando Cortés é los demás acordaron de yr adelante, por ver aquella cibdad tan nombrada. É vista su determinaçion, quiso el principal señor de Tascaltecle, llamado Xicotenga*, que se fuessen veynte mill hombres de guerra á acompañar é servir á los chripstianos; pero los chripstianos no los quisieron llevar.

En essa saçon llegaron otros mensajeros de Montecuma con un presente de oro, é rogando á Hernando Cortés é á los chripstianos que fuessen á México; y estando en este acuerdo de yr, non obstante el buen tractamiento que se les avia hecho por Tascaltecle, siguióse que, como en aquella cibdad avia otro señor que se decia Xicotenga, que tenia acordado de matar á los chripstianos, y era capitan general de toda aquella provincia, é mançebo muy esforçado é crudo é muy temido, las mugeres que estaban allegadas, queríanlos bien é avisábanles de las trayçiones secretas de los indios. É una hermana de aquel capitan general, como lo supo, avisó al comendador Pedro de Alvarado de la trayçion, y él á Hernando Cortés, el qual, como ságar é prudente capitan, sacando con palabras disimuladas fuera de la casa al dicho capitan, hizo ahogar, que ningunó lo supo, porque no oviessse escándalo en la tierra, que no pudiera faltar.

Cada dia venian mensajeros é presentes de oro de Montecuma, rogando á Cortés é á los españoles que se fuessen allá, porque le pessaba de verlos en paz é amistad con los de Tascaltecle; y essotros se lo estorbaban con ruegos, é los desengañaban é decian que no fuessen allá, porque Montecuma era traydor é nunca guardaba verdad, é que algunas veçes avia hecho paçes con ellos é las avia rompido, é por esso estaban en determinaçion de nunca la tener con él,

ni la querian, ni creerle. É que avia noventa años que tenian guerra con él é con su padre é abuelo de Montecuma, é que en todo este tiempo no avian comido sal los de Tascaltecle, sino los señores principales, porque les costaba muy cara, é aun la avian de aver encubiertamente; é si los que la traian eran tomados, luego los hacia Montecuma justiciar. É que avian avido dos batallas campales, é que en la primera estuvo para se perder Tascaltecle, pero al cabo fué desbaratado Montecuma, y escapó huyendo; y el capitan que dicho que hizo ahogar Cortés, siguiendo el alcance, le mató más de treynta mill hombres, é lo siguió hasta una provincia que se diçe Tezcucó, é de allí se volvieron los vencedores con más de diez mill prissioneros, los quales todos sacrificaron en los çies por la victoria avida. (Estos çies se llaman por otro nombre ochilobos, donde tienen sus dioses ó ydolos, é son sus casas de oraçion). Todo esto contaba Máxicaçin, señor de Tascaltecle, por excusar que los chripstianos no fuessen á Temistitan. En conclusion, que no creyendo los chripstianos é su capitan á tan buen amigo, pusieron en execuçion su camino, é aquel señor lloraba porque se yban: é como vido que no le querian creer, hizo sacrificar treynta muchachos el dia que se partieron, é fueron en su compañía algunos mercaderes para rescatar sal é mantas de algodón; porque á causa de la guerra no comian sal ni vestian algodón, sino de un árbol que se diçe maguey, del qual está toda la tierra plantada por tal neççesidad. É no es árbol, sino hierba ó planta, é da mucho fructo é utilidad, porque della hacen mantas é çapatos é vino é arroyo: é la rayz, despues que ha dado todos los provechos que se han dicho, la comen, como más largamente se dixo es-

* Antes habia escrito Sicutengal (cap. III).